

riadores lo creen clérigo, y otros simplemente seglar.

De igual manera que con el conquistador hé llegado á obtener la verdad en este otro punto importante también para la historia.

Juan Sánchez de Alaníz vino con los conquistadores (1) muy jóven, y era sirviente del encomendero Hernán Pérez de Bocanegra. Consumada la conquista siguió ayudándole á D. Fernando de Tapia en la formación del nuevo pueblo.

Poco después enviudó aquí mismo y se hizo clérigo, quedándole una hija que casó después con Juan Rico de Rojas, español que vino con los conquistadores y con Montañéz á este pueblo, y á quien le dieron terrenos en Amascala por sus servicios.

En consecuencia fué seglar como afirman unos y clérigo como dicen otros.

En cuanto á que haya sido Vicario en Xichú mineral, no conocemos el archivo de aquella Vicaría; pero así lo aseguran algunos escritores.

Quédale pues ya su gloria á D. Nicolás de S. Luis como conquistador en jefe y á D. Fernando de Tapia como verdadero conquistador y pacificador local.

A Juan Sánchez de Alaníz también le debemos gratitud, porque cooperó en mucho á nuestro bien espiritual.

(1) Vide "Paramologia" MS. por Fr. Paciente de Verona pág. 317. Existe en la biblioteca del colegio Pío Maria.º de esta ciudad.

V.

El Cucho Montes.

Hay picaros con fortuna
Y hombres de bien sin ninguna.
Adagio vulgar.

ESTE proloquio, aún que no siempre, llega á confirmarse, como lo muestra la leyenda siguiente.

A mediados de este siglo existió un bandido de fama llamado Macedonio Montes y el cual era conocido con el apodo de "El Cucho," por tener una deformidad en un labio.

Este, según la crónica de sus contemporáneos, tenía á sus órdenes una cuadrilla de bandoleros que merodeaban por los contornos de esta ciudad, robando y plagiando á los acomodados, porque eso sí, jamás robó á un pobre.

Tenía otra cualidad y la cual le hizo elevarse sobre los demás Cacos de su época; jamás mató ni vejó á nadie.

Muchos episodios se cuentan, que en medio de su carrera, lo enaltecieron; y debido á ellos, más de una vez la justicia obró con benignidad. Se refiere que si encontraba en su camino á un locero que, como lo acostumbran, llevara su carga á cuestas, le quebraba á caballazos todos los trastos y luego le pagaba á peso de oro, anunciándole que si vol-

vía á encontrarlo cargado como béstia, le costaría caro. Por supuesto que nunca lo cumplía, ántes bien no pocas veces les dió lo necesario para que comprasen un animal de carga.

A los pobres mendígos, verdaderamente imposibilitados, los socorría con largueza; pero á los que mendigaban por flojera, les daba buenos sustos.

Algunos años anduvo en esa carrera vergonzosa, y tal vez habría llegado al ocaso de la vida sin peligro ni degradación pública; pero su codicia le llevó al Curato del pueblo de Huimilpan á robarse el tesoro que le contaron tenía el Cura.

En efecto, saqueó dicho Curato y se llevó los ahorros del Cura, los cuales se hacen ascender á \$20,000, y algunas alhajas de su uso, sin tocar nada del servicio divino.

Pocos días habían pasado de este suceso, cuando Dios en su justicia quiso que no quedase impune aquella falta cometida en su ministro.

Estando el Cucho en el Pueblo de la Cañada en una boda á la cual fué invitado, fué preso y traído á la cárcel pública de esta ciudad. Se le abrió causa y fué sentenciado á la horca.

Al ser amonestado por la justicia para que declarase sus cómplices, se negó á ello y quiso mejor tomar sobre sí el peso de la ley ántes que entregar á sus compañeros.

A la sazón que estaba encapillado, pasaba por aquí el Illmo. Sr. Obispo Barajas, á quien mandó llamar para que lo auxiliase.

El Illmo. Sr. no se hizo esperar; y no sólo, sino que tuvo la deferencia de acompañarlo en la capilla, y el día que salió al patíbulo, le fueron con-

cedidas por el Illmo. Sr. muchas indulgencias por cada paso, concediéndole la autoridad la gracia de ir al paso que quisiese.

Por fin, llegó al suplicio y terminando el pregonero sus oficios, el verdugo le dió garrote al estar rezando con mucho fervor el Símbolo.

Murió difamado, pero tranquilo y como buen cristiano.

Mucho tiempo después, aún se veneraba por los indios de la Cañada una escultura de medio cuerpo, la cual era llamada "La ánima del Cucho Montes."

El Sr. Cura D. J. Guadalupe Jaime en 1878 les escondió aquella escultura, porque ya aquello rayaba en idolatría.

VI.

La Llorona.

Y desde entonces en la noche umbría
Oye temblando la asustada gente
Tristes gemidos de mujer doliente,
Quejidos como daba en su agonía.

M. CARPIO.

EL año de 1862 fué uno de los que dejaron tras sí multitud de recuerdos, tanto al historiador como al tradicionalista, y no solo para esta ciudad, sino aún para toda la República.

No había ya casi poblado ó aldea en donde no se comentaran episodios más ó ménos novelescos acerca de la Llorona; pues era representada de dis-

tintas maneras y coloridos, según la imaginación más ó menos nerviosa del narrador; y de aquí que á las diez de la noche, nadie, fuera de la gente de policía, se atrevía á dar paso fuera de su casa, temiendo encontrar á su paso á la Llorona.

La opinión más seguida era que muchos la habían visto á las altas horas de la noche, y más en las noches de luna.

La crónica popular que acerca de su origen corría de boca en boca, era que existió una mujer llamada Rosalía á quien tocó un marido de costumbres depravadas, el cual en un arranque de celos le dió muerte en unión de sus dos hijitos, y esta era la causa de su penar.

Se le veía más que correr, volar á cierta altura del suelo, cubierta con un ropaje blanco, descubierta la cabeza con su larga cabellera suelta y descompuesta, agitada por el viento que su vertiginosa carrera producía.

De esta manera atravesaba en pocos segundos la ciudad, dando, de tiempo en tiempo, tristes y lastimeros ayes, que en su prolongación se notaba según el aumento ó disminución de su fuerza, si aquella visión se acercaba ó alejaba.

Mi nodriza, después de algunos años, me refería que una de tantas noches que la oyó gemir, era la una de la mañana cuando me daba el pecho, á tiempo que en la esquina comenzó á llorar con fuerza y poco á poco fué perdiéndose el eco de su voz hasta lo inconcebible (1).

(1) El Sr. Pbro D. Jesús Narváez, residente hoy en el pueblo de Apaseo el Alto, refiere que en aquella época, una noche de luna, la encontró en una de las céntricas calles de Celaya. Que su

Ella se santiguó y abrigándose se envolvió en su ropa rezando entre dientes sus oraciones ordinarias poseída de espanto.

Muchos lances tenidos con la Llorona eran referidos día á día por la ciudad sin que la policía tomara á pechos el negocio.

Quién decía que la vió volar las tapias, quién que en un instante por el aire se deshizo como humo, otro que en un abrir y cerrar de ojos salvó un templo, aquel que en diez minutos llegó de aquí á Celaya.

La leyenda más vulgar y que corría de boca en boca como verídica, era: que al llegar á una esquina, preguntaba al guarda la hora que era, y si, por ejemplo, decía, son las doce, contestaba que á la una llegaba á México; y lanzándose al espacio, prorumpía en amargos lamentos, alejándose rápidamente.

Después de sembrar el pavor y espanto en todo el vecindario y siendo el lema favorito de todos los círculos y hogares, por espacio de algunos días, se descubrió por unos paseadores nocturnos que se propusieron cogerla, que era un hombre que portaba una armazón alta revestida de mujer y la cual le llegaba á las rodillas, quedando la parte baja libre y teñida de negro, para que al correr se viera que el espectro andaba por el viento.

De esta manera y con sus ayes lastimeros fingiendo voz de mujer, al peso de la noche y con tantos episodios que á diario se contaban de ella,

po que era, porque la persona que lo acompañaba lo afirmó y su traje y ademanes eran conformes con la leyenda entonces en boga.

robaba por los barrios ó á los transeuntes, pues ya tenía acobardadas á las rondas nocturnas; y debido á todas estas circunstancias que favorecían su intento, robaba muy á su sabor sin que nadie se lo estorbase.

Un calendario publicado en México en 1864 trae á su fin una leyendita acerca de la Llorona en la cual después de describir los horrores de la noche, relata una conversación sostenida por una ronda en los suburbios de México. Logró la ronda cogerla debido á la valentía y arrojo de su comandante, tocándole en suerte herirla y hacerla caer á uno de ellos llamado Domingullo.

Llevada á los tribunales, declaró de liso en llano ser ladrón valido de esa estratagema para poder con libertad hacer sus fechorías.

Juzgado que fué, se le condenó á seis años de presidio. El autor de esa leyenda no precisa fecha; mas por la conversación de los personajes que en ella figuran, se cree fué esto en el tiempo de la insurrección, época que no coincide con la leyenda que nos ocupa, que fué cuando pasó en esta ciudad.

No sabemos de certeza si entónces habría un caso semejante; pero que en la época á que me refiero sucedió en esta ciudad, es inegable; y aún pueden existir personas que dan fe de ello.

Que dicho ladrón se capturó y con ello cesaron los espantos, es irrefutable.

VII.

Los últimos ahorcados.

"Haced bien por hacer bien
Y rezad un Pater Noster
Por el alma del que llega
Al patíbulo esta noche."

V. RIVAPALACIO Y J. DE D. PEZA.

MUY jóven era yo cuando mi madre solía enviarnos en compañía de un viejecito antiguo criado, á pasear al parque, distante una cuadra de nuestra casa.

Al concluir la antigua calle del Cordón y al salir para el parque á mano derecha, se veía un pequeño cobertizo en dos alas á mitad del muro, el cual cubría un cuadro que representaba las ánimas y al pié tenía un pié de gallo sosteniendo una lamparita de aceite que dentro de un farol ardía continuamente, alimentada por algunos piadosos vecinos.

Cierta ocasión pregunté al viejecito el origen de aquella devoción y me dijo que era un sufragio por las almas de los que allí se ajusticiaban; pues allí existió el patíbulo hasta mediados de este siglo.

Después, ya grande, mi padre me refirió el trágico fin de muchos bandidos en aquel lugar. Hizo mucho ruido el del bandido Benicio Avalos, quien robó un buen puñado de onzas en la Cuesta China al Ilmo. Sr. Barajas en uno de sus viajes.

Los últimos que subieron al patíbulo fueron Jesús Botello y Vicente Cerna, los cuales merodeaban por el camino de la Sierra, en donde robaban continuamente.

Habiendo logrado la justicia aprehenderlos, fueron sentenciados y puestos en capilla las 48 horas que permite la ley.

De paso diremos algo acerca del modo como eran tratados los reos en general desde su entrada á la capilla.

Desde el momento que un reo entraba en aquel lugar, se le mandaba un sacerdote que lo auxiliase y preparase para el terrible lance que se le esperaba, confesándolo, amonestándolo, rezando y haciendo actos continuados de contrición.

Todavía existe en ese triste lugar una imagen en lienzo, de Nuestra Señora de los Dolores, al pie de la cual derramaban los criminales sus últimas lágrimas de arrepentimiento.

El último día se introducía un altar portátil en el cual se les decía Misa y comulgaban poco antes de salir al patíbulo.

En este lugar eran tratados y asistidos con mucho esmero y cariño por la junta de caridad, concediéndoles cuantas gracias estaban á su alcance.

Los ajusticiados que nos ocupan fueron asistidos por el Sr. Cura D. Luis Luna y un sacerdote Agustino, quienes no descansaron un momento por el bien de aquellas almas, implorando la misericordia divina, ya que la justicia humana no había tenido á bien perdonarles la vida, y era preciso satisfacerla.

Concluido el término y después de oír la Misa y

comulgar, salieron á las 6 de la mañana del modo siguiente.

Rompían la comitiva los clarines y tambores batiendo marcha; seguía un piquete de soldados; en seguida una hilera de soldados con bayoneta calada por cada acera, en el centro de los que iban los ajusticiados con grillos en los piés y esposas en las manos, cada uno con un sacerdote rezando y exhortándolos sin cesar.

De vez en cuando paraban unos momentos para dar á los reos algún descanso, en cuyo tiempo se les ministraba un poco de vino, algo de comer, cigarrillos, etc., etc.

Detrás seguía el pelotón de soldados que debían formar el cuadro al pié del patíbulo, y en medio de ellos iba el verdugo con antifáz, con sus ayudantes.

Llegado que hubieron al lugar de la ejecución, subieron al patíbulo, ayudados por los sacerdotes y algunos miembros de la Junta de caridad, pues ya apenas podían dar paso.

El patíbulo era un tablado más ó menos de tres metros de alto y al cual se subía por tres escalones.

Sobre el tablado se colocaban tantas "mascadas" cuantas víctimas había que ejecutar.

Dábase el nombre de "mascada" á un fierro figura de círculo con gozne, para poder acomodar el pescuezo, que pendiente ó sujeto á un pié de garllo de madera, dejaba sólo el espacio suficiente para que cupiese el pescuezo del reo. Tras el madero y en dirección á la nuca, entraba un tornillo, el cual, á la vez que hacía avanzar hácia adelante el pescuezo, atraía por un mecanismo especial la parte delantera de la mascada, de tal suerte que

¡¡ Buenas piernas deben de haber tenido los que pudieran subir escalones de un metro cada uno. ¡¡

colocado el verdugo por detrás, bastaba sólo dar media vuelta con una palanca de mano al tornillo, para que los reos quedasen asfixiados en el acto.

Los ayudantes servían para colocar las víctimas en aquellos maderos, los cuales tenían á determinada altura del tablado otros maderos que servían de asiento á los reos.

Luego que el ministro ejecutor hizo cierta señal, y después de colocados y vendados los reos, comenzaron los sacerdotes á rezar en voz alta el Credo como era de costumbre, y al llegar á la palabra "Subió á los cielos" el verdugo dió vuelta al tornillo y Cerna quedó sin vida.

Poco antes de la ejecución de éste, se había levantado Botello la venda y con bastante calma vió ejecutar á su compañero; pero al verlo ya extrangulado perdió el brío y dijo: "Creo que ahora si es cierto, Madre mía"; le habló al sacerdote unos momentos y luego fué ejecutado.

Pasado un momento, sólo veíanse los dos ajusticiados con la cabeza caída sobre el pecho con un palmo de lengua salida y moviendo con intervalos un pié.

Estas fueron las últimas víctimas habidas con ese suplicio y en ese lugar.

Luego que regresó la comitiva á Palacio se procedió á pagarle al verdugo su infamante estipendio, el cual consistía en 4 pesos por cabeza.

Se formó en el centro del patio principal un pequeño cuadro de soldados con la banda tocando dianas y en su centro se colocó un tambor sobre el cual se colocaron los 8 pesos del verdugo, y un ministerial andando para atrás le dió al tambor

un fuerte talonazo, el cual fué rodando un buen trecho y regando aquel dinero.

El verdugo recogió el dinero del suelo y quedó terminada la ceremonia.

Los reos permanecieron tres horas en el cadalso y fueron llevados á la cuesta de la Cañada en donde los colgaron de unas vigas para escarmiento de sus compañeros.

El verdugo era de la hacienda de Amascala, y los bandidos compañeros de éstos, lo anduvieron espionando hasta que lograron cogerlo y matarlo á palos y pedradas. Este se llamaba Martín Hernández. (1)

Después de este ya nadie quiso desempeñar tal empleo, y las "mascadas" y demás necesarios de la horca, fueron guardados como recuerdo histórico.

Botello era hijo de un bandido y se crió en San Juan del Río. Desde jóven fué inclinado al hurto por lo cual fué expulsado vergonzosamente de la escuela.

Esta ceremonia se tenía entónces como la más degradante manera de castigar á los alumnos, y se efectuaba del modo siguiente.

Se formaban todos los alumnos y en el centro se colocaba el incorregible. El maestro después de un discurso de circunstancias en el cual exhortaba á los niños y reprendía al culpable, se le ordenaba á este se colocase en el batiente de la puerta con la cara hácia la calle, y á la voz de mando

(1) Este degradante destino era hereditario por ley, y como este no tuvo sucesión, con su muerte cesó tal ejercicio.

del maestro, uno de los alumnos más aplicados daba por detrás una patada al castigado, arrojándolo fuera del establecimiento y cerrando de golpe la puerta.

De este modo salió Botello de la Escuela, y los pronósticos de su maestro fueron cumplidos tal como los había predicho 22 años antes.

Desde la época de nuestro relato, no ha vuelto esta ciudad á presenciarse ejecuciones de esa naturaleza.

Hoy quedan en el lugar del suplicio, las señales tapadas ya, del pequeño cobertizo citado á mitad del muro. (1)

Ojalá y tantos que en este lugar terminaron su carrera, hayan satisfecho á la justicia divina con este sacrificio, como satisfacían á la humana.

VIII.

La calle de las Animas.

Tanto horror, tanto misterio
Al vecindario acobarda,
Y nadie á salvar se atreve
El umbral de su morada
Desde que suena en los templos
El toque de la plegaria.

V. RIVA PALACIO y J. DE D. PEZA.

COSTUMBRE era y muy antigua, titular las calles con un nombre que conservase y legase á la posteridad algún acontecimiento histórico, al-

(1) En este año de 1898 que la Junta Vergara compró y renovó toda la acera, fué borrado este último vestigio;

Se le dio al bien don Valentín de un cuando - día, mes, año - fué el sucedido.

gún episodio novelesco, alguna obra pía, el nombre de algún benefactor, ect., pues nuestros antecesores, sin ocuparse en imitar en esto á las grandes ciudades como nuestros contemporáneos, sólo procuraban hacer de las calles y parques, monumentos en sus títulos, leyendas vivientes é impercederas; y á pesar de los esfuerzos sin resultado que en más de una vez se han hecho por hacer desaparecer aquella costumbre, tanto en México como en otras capitales, la tradición se ha abierto paso, aun cuando á nuestros jóvenes del día repugnen esas rancias por que no huelen á Yankee.

Existe por el bajío de la ciudad y al lado Norte una calle con el título que encabeza estas líneas y la cual tomó su nombre debido á dos circunstancias, según nos lo enseña la tradición.

De tiempo inmemorial venía la leyenda que en un tiempo llegó á estar esa calle sin habitantes, debido á qué había muchos espantos tanto en el interior de algunas casas, como en la calle; siendo lo principal, que desde el toque de ánimas se oían voces como de gentes que rezaban, cesando al toque de la queda. De la época de la insurrección para acá terminaron esos espantos.

Más tarde y todavía á mediados de este siglo, se conservaba una muy piadosa costumbre: habíase reunido muchos individuos formando una cofradía ó hermandad con el noble objeto de socorrerse mutuamente tanto en vida como en su fallecimiento.

Entre sus estatutos había uno que ordenaba que al fallecer alguno de los socios, debía salir una co-